

Opinión

Guayaquil y sus instituciones

La ciudad de Guayaquil tiene una particularidad histórica: sus organizaciones civiles han sido siempre robustas, de ahí que desde el siglo diecinueve proliferaron una serie de instituciones sociales que suplieron la tradicional ausencia del Estado: Junta de Beneficencia; Sociedad Filantrópica del Guayas; Sociedades de Auxilios Mutuos; Cuerpo de bomberos; Institutos de capacitación profesional, clubes de distinto origen; voluntariado; Junta Cívica; en fin, una gama de instituciones de servicio que perduran sustancialmente hasta hoy.

Esta dinámica de emprendimiento social característica de Guayaquil, se debe, fundamentalmente, a que la empresa privada estuvo siempre involucrada con el progreso de la urbe desde los inicios de nuestra vida republicana. Los desastres naturales que desde la Colonia azotaron a la ciudad contribuyeron a que sus clases dirigentes desarrollaran un gran espíritu de filantropía y voluntariado. Esta dinámica configuró un modelo distinto de desarrollo de Guayaquil con respecto al resto del país, y, esa misma dinámica explica las profundas diferencias con otras ciudades y provincias del país. No se trata de que seamos mejores o peores, somos simplemente distintos. Y, esta particularidad, es la que a veces no se quiere entender.

El tejido social e institucional de la urbe se fraguó más por la iniciativa privada y por el empuje empresarial que por la inducción del Estado central, lo cual dio origen a una conformación distinta y muchas veces contradictoria entre las dos grandes ciudades del país (Quito y Guayaquil), que marcó una gran diferencia regional que ya fue glosada por Leopoldo Benitez Vinuesa en su libro: "Ecuador: drama y paradoja". Esta diferenciación ha sido parte de nuestra evolución histórica y la hemos asumido de diversas formas, con consecuencias políticas, económicas y sociales que han variado conforme a la naturaleza del poder predominante. En épocas de dictadura militar los organismos descentralizados siempre sufrieron la embestida del poder central que buscó absorberlos; y, en momentos en que el populismo emergió a fines de los años cuarenta del siglo pasado y otras expresiones renovadas de ese populismo que persistieron hasta fines del siglo veinte también enfrentaron a estas instituciones, acosándolas, no obstante, ellas han resistido. Lo cual, mirado históricamente, confirma que ellas presentan una gran vitalidad.

No es por tanto novedoso que dictadura y populismo hayan sido los factores más adversos a los cuales la institucionalidad guayaquileña se ha enfrentado. Paradójicamente, en la propia matriz de la formación política de la ciudad se

incubaron esos populismos, producto de sucesivas oleadas migratorias que creaban zonas de segregación residencial donde la ausencia de educación contribuyó a bloquear el discernimiento, tan fundamental para fijar adhesiones políticas duraderas y estables; fueron períodos en los que la inestabilidad municipal produjo el promedio de un Alcalde por año durante más de una década. En esas condiciones la ciudad perdió la posibilidad de formar su capital social, tarea que no es fácil de reconstruir y que sigue como un desafío pendiente.

El rescate del municipalismo y sus potencialidades ha sido quizá la tarea más titánica en la nueva dirección política de la ciudad. No era posible imaginar un cambio de rumbo sin antes devolverle al puerto su capacidad de gestionar los equipamientos y servicios urbanos, de crear espacios funcionales y lúdicos que devuelven la autoestima al habitante ciudadano, de ahí que la “regeneración urbana” no constituya exclusivamente un hecho físico sino un acontecimiento cultural, y, cuando hablamos de cultura lo hacemos en su dimensión más basta, como decía el premio Nobel mexicano, Octavio Paz: “Hablo de la ciudad contemporánea, en perpetua construcción y destrucción...la ciudad vivida o, más bien, convivida en calles, plazas, autobuses, taxis, cines, restaurantes, salas de concierto, teatros, bares, la ciudad enorme y cambiante...inacabable como galaxia; la ciudad de la que no podemos salir nunca sin caer en otra idéntica aunque sea distinta; la ciudad, realidad inmensa y diaria que se resume a dos palabras: los otros”.

En efecto, todo proceso de renovación o regeneración de la ciudad conlleva una reelaboración simbólica del hábitat, lo cual quiere decir que en ese tránsito ganan todos: ricos y pobres; cultos e incultos; afectos y desafectos, residentes y pasajeros; transeúntes, nacionales y extranjeros. Es la nueva visión del Guayaquil de hoy: de quienes la habitan, la vistan, e incluso de quienes la apostrofan, total, como dice Octavio Paz, la ciudad actual y moderna es el descubrimiento y el encuentro con el otro. En esa perspectiva, el cambio que ha sufrido Guayaquil no se resume exclusivamente a pasos a desnivel o a modernos sistemas de transporte, para citarlos como ejemplo, aquí lo que está sucediendo es una transformación, que aunque no se visualiza adecuadamente en el plano nacional, empero, está dejando huellas de cómo administrar lo público y, sobre todo, de cómo volcar múltiples servicios en beneficio de los ciudadanos.

La resistencia, por lo tanto, para preservar este modelo de gestión local compete más que nunca a las organizaciones civiles del puerto y lo único que cabe es una cerrada unidad independiente de banderías políticas e ideológicas; flaco favor le haríamos a nuestra ciudad interponiendo el fraccionamiento y la división en esta hora difícil por la que atravesamos, donde nuevamente las tendencias centralistas pretenden imponerse para hacer tabla rasa de lo que se ha logrado. Existieron, como decíamos, otros episodios en nuestra historia que minimizaron a las organizaciones civiles, independientes y autónomas de la ciudad, pero ellas no sucumbieron, es, pues, la hora de renovar el contrato social que siempre hizo perdurar a la institucionalidad guayaquileña, nuestros descendientes nos lo agradecerán.

Por Soc. Paúl Velasco Ruiz